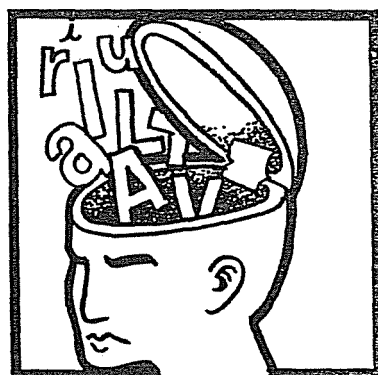
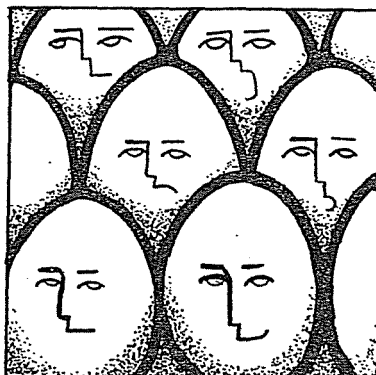
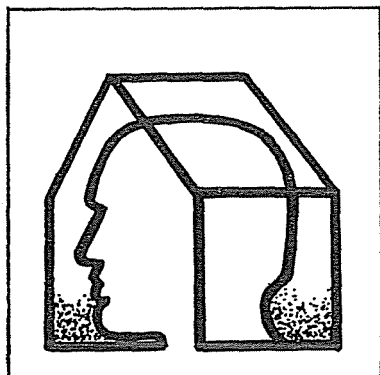


institución sociológica y sociología



Ponencia presentada por la facultad de Sociología de la Universidad Autónoma Latinoamericana en el Seminario Nacional de Sociología (Quirama), junio 8-10 de 1978, con el auspicio del ICFES Autores: Federico García, Luis Antonio Restrepo y Aníbal Córdoba.

Es demasiado fácil discutir las relaciones entre metodología, teorías y técnicas como una cuestión meramente curricular o a lo sumo didáctica, pues el conjunto de las soluciones imaginables ya han conformado un amplio expediente nacido de las decisiones administrativas de forzoso cumplimiento y las contingencias educativas que han llegado a ser consideradas casi sin darse cuenta como el motor de cualquier reacomodamiento del pénsum.

Tomemos las cosas, pues, de otra manera:

Mientras que las ciencias físico-químicas y biológicas habían logrado construir una unidad teórica-experimental sólida, aunque es cierto, no exenta de dificultades, la Sociología, esforzándose por recortarse en el ámbito frágil y difuso de las ciencias humanas, apenas alcanzó a hacerse un puesto en la estructura académica tradicional; en una relación al mismo tiempo conflictiva y subsidiaria con la economía, la historia y la antropología, la sociología ha pugnado por delimitar su objeto con respecto a esas disciplinas y enfrenta también la dificultad de reivindicar un aparato metodológico propio. Testimonio de esta situación son las empresas, sin duda geniales, de un Durkheim o un Max Weber los cuales sin embargo no lograron un resultado en cuanto a la meta buscada; es más, como se ha afirmado con razón, los trabajos concretos de estos autores y de algunos de sus seguidores ponen de manifiesto la profunda inadecuación

entre la productividad de sus investigaciones y la inseguridad de sus propuestas teóricas (incluyendo bajo este concepto y sus reflexiones metodológicas). Entiéndase bien, si se señala este desajuste entre objetos y resultados es por su carácter sintomático, pero al mismo tiempo se lo toma en su carácter ejemplar.

Esto quizás ha llevado a que la Sociología derivara particularmente a partir del funcionalismo, a preocuparse más por la definición de conceptos operativos que por determinar su objeto. Se ha tratado así de resolver un problema evadiéndolo. Se ha logrado un empobrecimiento teórico que ha llevado a enfrascarse en la efectividad inmediata de las técnicas, preferentemente bajo la forma de la ilusión estadística, remitiendo el problema del método de la Sociología a las virtudes de un presunto método científico general, ya sea dialéctico o de otra especie. Abun-

dan ejemplos de esta posición en los manuales funcionalistas con sus capítulos iniciales sobre "metodología de las ciencias sociales", así como en ciertas tentativas bastante desgraciadas de articular la Sociología con una interpretación del marxismo, (valdría más decir reducción) como concepción del mundo.

En ambos casos el alcance de la tarea es corta y estéril. Quizás no se aspira a más: una cierta tranquilidad de saberse tributario de un sistema de pensamiento prestigioso, la "dialéctica" o la "ciencia", para luego saltar al terreno de unas técnicas que difícilmente pueden demostrar alguna articulación con un corpus teórico-metodológico coherente, sino que por el contrario viven de pseudovalidaciones subrepticias, conllevando las mistificaciones inherentes a estos "entronques" fallidos.

En realidad el problema de la Sociología no se resuelve refinando "técnicas", ni confundiendo técnica y método, para de esta manera sacarle el cuerpo al verdadero problema: *el estatus científico de la Sociología*, no en su imaginaria existencia de ciencia ideal, sino en su realidad histórica, bajo la única forma posible de existencia de una ciencia, es decir, en la materialidad de sus discursos y de sus prácticas. En la capacidad de éstos para producir conocimiento, en forma progresiva y abierta. Se trata pues, de asumir el carácter problemático de la Sociología y trabajar a partir de ese hecho. Cualquier otra posición desemboca fatalmente en la crítica contemplativa o en el culto a la eficacia empirista.

Evidentemente distan mucho de llegar a ser una misma cosa el proceso de producción —con todos sus altibajos y confusiones— de una ciencia; la conformación de una disciplina y la distribución que en el proceso educativo se da de los elementos y las esferas que constituyen tanto a las disciplinas como a las ciencias. Pues las relaciones en el primer caso están regidas por exigencias de verdad obedeciendo a un modelo metodológico más o menos explícito; en el se-

gundo el afán del método nacido del contacto con las ciencias, y en el tercero son fundamentalmente de poder. Sin embargo, la demanda social se ha ido encargando paulatinamente de responder a cualquier debate sobre el tema propuesto. En efecto son muy distintos los resultados que se obtienen en un análisis independiente de una institución educativa, cuando la discusión se mueve en el campo de las puras relaciones formales y la pertinencia conceptual. En este caso, con respecto a la sociología, se tiene al fin de cuentas lo que se considera como un "enriquecimiento teórico" que permite su desarrollo, lo que aparece bajo la forma de nuevos modelos explicativos e hipótesis de trabajo, no importa qué tan enajenado en un modelo científico impropio se encuentre este resultado, pues lo cierto es que nunca tales enriquecimientos han logrado llegar a conformar un cuerpo coherente; han servido como agentes espirituales" de nuevas orientaciones pedagógicas o proyectos sociales, han demostrado su utilidad en la polémica superficial cuando enunciados libres permiten atacar puntos concretos de posiciones críticas que cuestionan los fundamentos del pensamiento sociológico, en tanto esos enunciados han nacido justamente por reacción contra esas posiciones y no por un proceso análogo al de la formación de una ciencia. Nadie se engaña acerca de lo elementalmente cierto que resulta afirmar que, aunque de carambola el modelo Galileano afectó los cimientos imaginarios de una cultura, no fue precisamente por combatirla por lo que él se formuló. En cambio el proceso de formación de modelos sociológicos ya de antemano se da en la forma de edificios conceptuales constituidos (ciencias) y en función de responder implícitamente o no (es cuestión de las condiciones políticas dominantes en el momento de su surgimiento) a las preguntas que una cultura le plantea a los espíritus críticos. La prueba a la que se somete una hipótesis científica no se deja hoy por hoy a los aparatos de prueba tradicionales, sino que, por el contrario, cada ciencia

constituye su propio dispositivo; en estos casos el modelo no responde tanto a lo que de él quiere "sacar" quien lo maneja (aunque alguna imaginaria con él ha de establecer el investigador) como de la eficacia del mismo para permitir a partir de él la producción de nuevas hipótesis operacionales que exigen la construcción de un dispositivo técnico que se bifurca cuando se manipula: así, por un lado, confirma lo previsto teóricamente y por otra parte presta su contingente a las necesidades propias de sectores extra científicos: empieza a circular ya como medio de producción, instrumento de trabajo, mercancía, o como un aparato didáctico. Es decir, cuando la prueba se obtiene en el límite de la experiencia el dispositivo está dejando de ser engendro teórico para empezar a ser una máquina.

Ocurre con la Sociología algo sólo en apariencia idéntico, pues he aquí que la relación real del investigador con la teoría característica de las ciencias se torna en imaginaria: imaginaria porque el modelo carece de independencia simbólica con respecto al investigador y sólo por efecto de disposiciones institucionales no se representa como un poema o un texto de literatura fantástica. Así, las hipótesis las extrae el sociólogo clásico obedeciendo ante todo a lo dispuesto por una estética inconsciente de manera parecida al abuso de un ejemplo o una metáfora cualquiera. Los dispositivos de prueba mantienen con respecto a la hipótesis "sociología" una independencia absoluta. Esto es, entre las técnicas de comprobación y la materia comprobable hay un vacío que se llena subrepticamente, invocando el método de investigación como si éste pudiese suturar ese abismo. Y ciertamente lo consigue pero sólo en el nivel propio —anotado antes— de relación del sociólogo con la teoría. Imaginario.

De ahí que las técnicas de investigación sociológica están irremisiblemente condenadas a alimentarse de los progresos que la teoría de probabilidades, la estadística y el cálculo, reciben de proble-

mas concretos de investigación que les plantea la física, o la microbiología, en fin, ciencias que en el terreno formal pueden disponer para otras estructuras formales de suficiente existencia simbólica como para no perecer en el encanto del manejo técnico. Este encanto encuentra su soporte en el mecanismo que se sitúa entre la materia prima —llámase dato— p. ej. y el resultado. Se produce por él una inversión del proceso, o desdoblamiento permitiendo que a la imaginación el proceso que produce la materia prima o dato, se represente como una máxima a la cual se le meten resultados, los desarticula y tira por la entrada; datos que el sociólogo toma para recompensar a *partir del modelo*, las relaciones entre ellos y poder, como resultado, exponer un cuadro coherente de la "Sociedad".

Vemos como en este circuito autoregenerativo lo que permanece constante es lo que aparece como su fin: representar. ✓

Pero hay también otro aspecto que cada día toma más fuerza y se le suele llamar por analogía



Amado Solís

con el derecho y la moral, normativa. Es cuando la sociología a partir de sistematizaciones prescribe técnicas para obtener resultados de alcance político. Este es el punto de contacto real entre la sociología y las necesidades o exigencias sociales de consumo. Digamos que su existencia institucional es aprobada a partir de este punto, que en el caso de las ciencias se sitúa en el límite de su existencia. Apenas aquí es donde ella empieza a ser y todo lo que en las ciencias precede a este lugar, tiene que ser aquí no más que un sueño "científico" que poco difiere, en su sentido, de lo que el sentido común dice de muchas técnicas y profesiones "eso tiene su ciencia".

Por eso podrían explicarse como un tácito o impensado reconocimiento de lo anterior, las dos situaciones comunes a las facultades de sociología: o el abandono absoluto de toda discusión sobre la relación teoría - métodos - técnicas, o su infecunda y alucinante polémica. Por un camino se "preparan" tecnólogos de las relaciones sociales inocentes por completo de su oficio, y por el otro sociólogos que no sin cierta perversión deshacen su oficio si no es lo que lo olvidan para optar por la vía de su cuestionamiento sistemático desde la cátedra.

No se piense sin embargo, que aquí se agitan dos propuestas que por ser las que desesperadamente se conciben son por eso precisamente las más ingenuas. Ni fusionar las dos líneas dominantes para obtener un místico término medio ni destruirlas para alejar de la mente la tentación de ese mito. Se trata justamente de reconocer su existencia como institución y que como tal, en cuanto se conozca puede dar lugar a descubrir en ella insospechadas posibilidades de desarrollo y si tampoco existen, al me-

nos soñando con ellas tendremos después en qué pensar.

La historia de la facultad de sociología —una pequeña historia, se dirá— ha estado agitada siempre por una tendencia dominante que en su desarrollo ha apuntado siempre es a eso último: buscar. Nadie encontrará, sin embargo, una línea recta tendida entre su fundación y esta ponencia.

Por el contrario, ha sido un andar zigzagueante que fue de lo confesional a lo escéptico, de lo militante a lo somnoliento y de la discusión al silencio. Hubo allí desde las más cerreras posiciones aislacionistas hasta las más dóciles y conformes. Y he ahí cómo a pesar de todo, en los programas académicos hay una marca inconfundible. Una cierta originalidad, un propósito experimental, un espacio abierto para las concepciones que asumimos como los más desarrollados del pensamiento occidental. Espacio, o tribuna o cátedra, donde el solo presentir la capacidad de un discurso para mirar desde el fondo los saberes adoptados como verdaderos de oficio, hizo que esos discursos tomaran la palabra o al menos alguien lo intentara por ellos.



Amado Solís